

Alfred E. Bouter

Las cosas celestiales y nuestra respuesta

La introducción de las cosas celestiales

La primera vez que el Nuevo Testamento habla acerca de las «cosas celestiales» es en la conversación de nuestro Señor con Nicodemo: “Si les he hablado de cosas terrenales, y no creen, ¿cómo creerán si les hablo de las cosas celestiales?” (Juan 3:12 RVC). Nuestro Señor Jesús llamó a Nicodemo «el maestro de Israel», no simplemente «un maestro» (v. 10). Aun así, este hombre altamente capacitado desconocía una de las cuestiones más básicas relacionadas con la vida espiritual: la necesidad de nacer de nuevo.

Con sus antecedentes judíos, él pensaba que ya había vuelto a nacer. Su *bar-mitzvah* a los 13 años, su matrimonio previo a su entrenamiento rabínico, su ordenación como rabino y el estar al frente de la academia rabínica eran supuestamente formas de «nacer de nuevo». Todo esto podría haber sido bueno; sin embargo, no podía producir vida divina, a pesar de que los líderes judíos lo pensarán. Por eso Nicodemo le preguntó al Señor si él, un hombre anciano, podía nacer de nuevo. El resto de Juan 3 habla más de esta cuestión tan importante, de la cual el Señor era, y sigue siendo, el Testigo más confiable. Él dijo: “Nadie ha subido al cielo sino El que bajó del cielo; es decir, el Hijo del hombre” (Juan 3:13 DHH).

Sin embargo, Él fue rechazado por muchos en aquel entonces, incluso cuando Él fue quien trajo aquí la vida del cielo y pudo comunicarla a aquellos que la aceptaran con fe. Y usted, ¿ya ha nacido otra vez? ¿Cuál es su actitud hacia Él?

En su conversación con Nicodemo, el Señor Jesucristo —el Hijo de Dios y el Mesías de Israel— habló de «las cosas del cielo» (3:12) y de «la vida eterna» (3:15f). Para poder recibir estas cosas y entenderlas, uno «debe volver a nacer de arriba». Esto es lo que significa nacer de o a través del «agua» —por ejemplo, a través de la Palabra de Dios que da vida— y de o a través del «Espíritu», lo cual implica una obra del Espíritu Santo (ver v. 8). Más adelante, en el Evangelio de Juan vemos que Nicodemo llegó a creer en el Señor Jesucristo como su Salvador personal, que él pagó el precio de seguirlo, ya que fue rechazado por otros judíos. El miedo al hombre probablemente haya sido la razón por la que Nicodemo visitara al Señor en la noche de su encuentro inicial. Sin embargo, superó ese miedo y continuó vencedor a pesar de que los líderes judíos lo rechazaron: lo que le sucedió al Maestro también les sucede a Sus seguidores.

Unos años más tarde, Saulo de Tarso —convertido en el apóstol Pablo— experimentó un rechazo similar. Después de encontrarse con Cristo aparecido del cielo (Hechos 9:3), él fue quien se convirtió en el portavoz de las cosas celestiales a pesar de haber perseguido a los creyentes cristianos. Vio al Jesús de Nazaret rechazado en Su gloria magnífica (Hebreos 2:9) y este encuentro cambió su vida por completo.

Si usted recibe hoy a Cristo como su Salvador personal, este será el inicio de una nueva vida que marcará el resto de su existencia en la tierra.

¿Qué son estas cosas celestiales?

Las cosas celestiales (Juan 3:12-13) están ligadas al Señor Jesucristo y dividen a aquellos que le pertenecen a Él de aquellos que no. El Señor Jesucristo le mostró a Nicodemo que existe un enlace entre las cosas celestiales y la vida eterna. El resto de Juan 3, especialmente los versos 31-36, lo deja perfectamente claro.

Ahora regresamos con el apóstol Pablo, quien escribió: “Toda la alabanza sea para Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien nos ha bendecido con toda clase de *bendiciones espirituales en los lugares celestiales*, porque estamos unidos a Cristo” (Efesios 1:3 NTV).

Aunque el apóstol Pablo no utilizó el término «vida eterna» como en Juan 3, está implícito en el lenguaje que utiliza al ser guiado por el Espíritu Santo. La expresión «en Jesucristo» es típica de los escritos de Pablo y se encuentra siete veces en Efesios (1:1; 2:6f, 10, 13; 3:11, 21, probablemente 49 veces en todos sus escritos). Apunta hacia el rechazado Jesús de Nazaret, el Mesías —Su título en hebreo, *Cristo* en griego, *Ungido* en español— a pesar de que ahora Él está en el cielo. En Él hemos recibido vida eterna cuando nos arrepentimos y creímos en Cristo. Así es como recibimos todas las bendiciones espirituales en el cielo. Las cosas celestiales son muy reales y están relacionadas con el Cristo exaltado y comunicadas a nosotros por medio del Espíritu Santo.

Las cosas celestiales pertenecen al reino celestial

El término «vida eterna» tiene dos aspectos:

- (1) la vida que hemos recibido a través de creer en Él (Juan 3:16, 36); y
- (2) el reino en el que seremos recibidos «hasta la vida eterna».

Cristo es «la vida eterna» (1 Juan 5:21) y la recibimos cuando creímos. La vida eterna es disfrutada al tener una relación con Él y esto se compara con el fruto que dura «hasta la vida eterna» (Juan 4:36), donde estaremos por siempre con el Señor. (Esta expresión «hasta o hacia la vida eterna» también se encuentra en Mateo 25:46; Juan 4:14; 6:27; 12:25; Hechos 13:48; Romanos 5:21; 1 Timoteo 1:16; Judas 1:21; tiene diferentes perspectivas, dependiendo del contexto).

Así como la Casa del Padre tiene muchos lugares donde se puede vivir (Juan 14:2), también sucede con este reino llamado la vida eterna. Esta esfera o reino tiene espacio para todos los creyentes de cualquier periodo de tiempo. Por supuesto, esto no deja de lado la posición y relación especial que poseen los creyentes que pertenecen al presente periodo de gracia, el cual concluirá cuando nuestro Señor Jesucristo venga de nuevo y nos lleve para estar con Él (1 Tesalonicenses 4:16-18; 1 Corintios 15:51). Él

es nuestra bendita esperanza (Tito 2:13). Existen diferencias entre diversos grupos de creyentes: antes y después de la cruz; antes o después del Arrebatamiento (*Rapture*); y antes o durante el Milenio. Sin embargo, hay algo que todos los creyentes tienen en común y es la vida eterna, a pesar de que no todos la tienen con la abundancia que hoy conocemos (Juan 10:10).

Algunos creen que los detalles dados por el apóstol Pablo en Efesios 1:4-14 son un resumen de todas las bendiciones espirituales mencionadas en 1:3. Sin embargo, este pasaje describe nuestra nueva posición como creyentes y nuestra asociación con Dios, nuestro Padre. Presenta un bosquejo de lo que era necesario que Dios hiciera para darnos la posición en la que podemos recibir todas estas bendiciones, así como la relación en la que disfrutamos de ellas. El apóstol ruega en los versos 15-19 para que entremos en el gozo de esta nueva relación y que podamos entender —al menos en cierta proporción— lo que Dios ha hecho con Cristo (1:18-23) y con nosotros (2:1-10). Las cosas celestiales son resumidas en 2:13-21, pero aquí Pablo enfatiza la nueva posición y relación en la que disfrutamos de ellas.

El capítulo 3 describe el presente periodo —la dispensación de la gracia— en la cual las cosas celestiales que están «en Jesucristo» nos han sido reveladas, comunicadas, las cuales hemos recibido a través de la fe y de la obra del Espíritu Santo. ¡Alabado sea Dios! Este capítulo concluye con la oración y alabanza por parte de Pablo y nos conecta, a todos los creyentes del periodo de gracia, con las cosas celestiales que son eternas y que siempre nos conducirán a responder al Padre por toda la eternidad (3:14-21).

Otros autores acerca de las cosas celestiales

Cuando estaba en la tierra, Jesucristo llamó a Pedro y este fue prominente entre los Doce. Después de su fracaso, Pedro fue restaurado poco después de la resurrección de Cristo, cuando el Señor le dio una comisión especial. Habiéndole fallado a su Señor, fue restaurado por Cristo resucitado. Quien, justo antes de Su ascensión al cielo, le dio una comisión especial. Por otro lado, Pablo recibió su misión del Señor glorificado desde la región de las cosas celestiales. Pedro, llamado por el Señor, habla acerca de las cosas celestiales y lo hace para alentar a los creyentes en situaciones difíciles, de angustia y persecuciones. Fue testigo de cuando el Señor ascendió al cielo (Lucas 24:45-53; Hechos 1:9-11), poco después de que Él le diera instrucciones (Juan 21:15-22; Hechos 1:1-8), algunas de las cuales también recibieron los otros apóstoles.

En sus dos epístolas (cartas), Pedro enseña y estimula a los creyentes, los atrae hacia Cristo, rechazado por Su pueblo, mostrando que Él había sido recibido en el cielo y está sentado a la derecha de Dios. Les indica cuando les escribe (incluido nosotros hoy) lo que necesitan obtener del Cristo celestial para perseverar. A pesar de estar bajo los ataques del enemigo, Pedro desea que se den cuenta de que ellos fueron escogidos (elegidos por Dios), santificados (separados para Él) y redimidos (liberados) en vista a: “Una herencia que no tiene precio, una herencia que está reservada en el cielo para ustedes, pura y sin mancha, que no puede cambiar ni deteriorarse” (1 Pedro 1:4 NTV).

Pedro concluye este maravilloso pasaje con estas palabras: “Ustedes aman a Jesucristo a pesar de que nunca lo han visto. Aunque ahora no lo ven, confían en Él y se gozan con una alegría gloriosa e indescriptible” (1 Pedro 1:8 NTV).

Todo esto encaja muy bien con la enseñanza que el Señor Jesucristo proclamó en la tierra. En el llamado Sermón de la Montaña, advirtió a los discípulos acerca de un camino de oposición y rechazo. Sabía que iba a ser rechazado por Su pueblo terrenal y por la raza humana en general. Por ello, Él los preparó —y a nosotros— para vincularlos de manera consciente con las cosas celestiales durante el tiempo en que sería rechazado y estuviera ausente de esta escena. Por esta razón, también enfatizó la necesidad de buscar las cosas de arriba, las cosas celestiales, el mantenerse en cercana comunión con Él.

“No almacenes tesoros aquí en la tierra, donde las polillas se los comen y el óxido los destruye, y donde los ladrones entran y roban. *Almacena tus tesoros en el cielo*, donde las polillas y el óxido no pueden destruir, y los ladrones no entran a robar. Donde esté tu tesoro, allí estarán también los deseos de tu corazón” (Mateo 6:19-21).

Esto no significa que debemos desatender o menospreciar nuestras tareas y cosas terrenales, para nada. Significa que debemos ver todo en perspectiva con la luz celestial que hemos recibido, y a través de la fe poder introducir al Señor en la escena donde nos encontremos y en las cosas terrenales en las que estemos ocupados. Al hacerlo así estaremos fortaleciéndonos en la gracia que está en Jesucristo, tal como Pablo instruyó a Timoteo (2 Timoteo 2:1).

Un desafío continuo

Mientras estemos en esta tierra y lidiemos con las cosas terrenales, necesitamos ocuparnos con las cosas celestiales: “Puesto que ustedes ya han resucitado con Cristo, *busquen las cosas de arriba*, donde está Cristo sentado a la derecha de Dios” (Colosenses 3:1 RVC).

Esta cita no sugiere ni promueve un tipo de dicotomía para dividir nuestra vida en dos partes, una celestial y otra terrenal. Al contrario, el cristiano vive en la Tierra pero al mismo tiempo obtiene sus recursos de arriba al estar en constante comunicación con el cielo. En sus continuos rezos, y como si estuviera respirando la atmósfera celestial, el cristiano extrae lo que necesita del propio Cristo en el poder del Espíritu Santo. Una ilustración del reino animal nos puede ayudar a entender este punto. Hay un tipo de araña acuática que se envuelve en una burbuja de aire cuando entra en el agua y permanece ahí un tiempo. Sin esta campana de aire, duraría poco en el agua.

De forma similar, los cristianos se rodean de la atmósfera celestial donde Cristo está para poder sobrevivir en este mundo que lo expulsó. La única forma de hacerlo es extrayendo nuestros recursos del que está sentado a la derecha de Dios y nos sostiene desde ahí a través de Su Espíritu que vive en nosotros. Dios puede mantener a Sus hijos en un mundo totalmente opuesto a Él. Nuestra actitud debe ser la siguiente: En la medida en que almacenamos tesoros en el cielo, de igual forma nos fortalecemos en la gracia que está en Jesucristo para poder sobrevivir como Sus discípulos. Al vivir para Él en este

mundo, dando Su testimonio y brillando para Él, estamos buscando las cosas de arriba. Haciendo esto recibiremos todo lo que necesitamos de quien está sentado a la derecha de Dios y tiene todo el poder en el cielo y en la tierra. ¿Qué más necesitamos?

La cuestión de la administración y las cosas celestiales

Hay otro aspecto en este tema: la administración, una responsabilidad que practicarse de acuerdo con las instrucciones de Pablo a Timoteo. Quienes son ricos en este mundo no deben ser altivos ni confiar en sus riquezas. Más bien Pablo nos exhorta a que pongamos nuestra fe en el Dios viviente (1 Timoteo 6:17). Él nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos; de cualquier forma, todas estas cosas terrenales le pertenecen, pero Él nos las presta para que las disfrutemos por el momento. Él quiere que seamos buenos administradores de estas bendiciones temporales, las cuales pertenecen por completo a Dios. Sí, nuestro cuerpo, la salud, nuestro talento, el trabajo, la casa, el dinero, cualquier bendición terrenal que se nos ocurra, todo le pertenece a Él, a nuestro Creador y Redentor. ¿Estamos usando estas cosas como buenos administradores para Su gloria?

Si es así, entonces Dios nos puede confiar las bendiciones celestiales, que como hemos visto en Efesios 1:3 ya son nuestras. Son nuestra porción eterna y la podemos disfrutar desde hoy. Pero si no somos administradores fieles de las cosas terrenales, ¿cómo nos puede Él confiar cosas celestiales para disfrutar? En otras palabras, en lo que se refiere a nuestra posición en Cristo, las bendiciones celestiales nos pertenecen, pero para disfrutarlas necesitamos ser buenos administradores de las cosas terrenales. La parábola del administrador infiel nos muestra la necesidad de un correcto equilibrio para ser fiel y prudente en las cosas terrenales. La historia del hombre rico y el pobre Lázaro nos muestra lo que realmente cuenta con Dios (Lucas 16).

En Mateo, el Señor a menudo hace referencia al reino del cielo y Él muestra que lo que es cierto para el cielo también debe ser cierto para Sus discípulos en la tierra, incluso en el contexto de circunstancias adversas en el cual representan al Rey rechazado. Él dijo: 'Por lo tanto, sean ustedes perfectos, como su Padre que está en los cielos es perfecto' (Mateo 5:48 RVC).

Este es el reto que Él nos deja hoy, similar a lo que vimos en Mateo 6:19-21. El Señor lo resumió todo cuando dijo: "Busquen el reino de Dios por encima de todo lo demás y lleven una vida justa, y Él les dará todo lo que necesiten" (Mateo 6:33 NTV).

Tenemos tarea por hacer, ¿cierto?

Este artículo puede ser distribuido libremente en su forma original. Para obtener otra copia de este estudio o para otros materiales como folletos y palabras de aliento, por favor escriba a:

'THE HOLY SCRIPTURES' PO Box 677 Hawkesbury (Ontario) K6A 3C8 CANADÁ

E-mail: alfredbouter@hotmail.com o albouter@hawk.igs.net

© Alfred E. Bouter 2013 (Impreso/Actualizado el 21 de junio de 2014)

Para descargas gratuitas: <http://www.theholyscriptures.org/alfredbouter/>